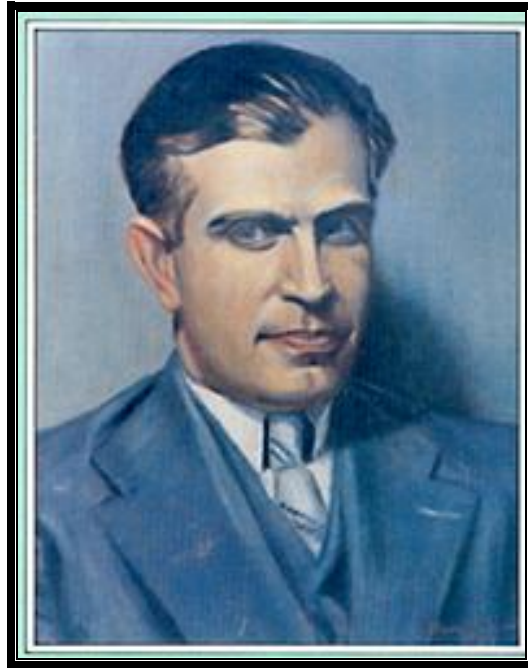


Biografía –Alberto Adriani-



Tomado del prólogo del libro “La Huella de Alberto Adriani”, escrito por el Dr. Armando Rojas

La biografía de Alberto Adriani es breve como fue su vida. Pero dejó una profunda huella. Nacido en Zea (Estado Mérida) en 1898, muere en Caracas en 1936, cuando todo presagiaba un gran destino para el joven estadista y para la patria que lo contaba ya entre sus mejores hombres.

Hijo de inmigrantes italianos procedentes de la Isla de Elba, nació en un pequeño pueblo escondido en las montañas merideñas, un 14 de junio de 1898. Desde su niñez sintió la voz de la patria que lo llamaba a la gran tarea de construir una nueva Venezuela al terminar la dictadura que asolaba al país.

Habría de pasar mucho tiempo para que amaneciera ese día, el tiempo que el niño de Zea, el adolescente de Mérida y el joven de Ginebra, Londres y Washington necesitaba para templar su voluntad y enriquecer su inteligencia con los conocimientos indispensables para el tiempo que veía en su futuro.

Nacido en un hogar donde se rendía culto a la virtud y donde el trabajo marcaba el ritmo del tiempo, Alberto tuvo desde su niñez muy claro el camino que debía seguir para alcanzar su meta.

En el colegio de Santo Tomás de Aquino, fundado por un grupo de notables del lugar y presto bajo la sabia dirección del Maestro Félix Román Duque habría de recibir estímulo e impulso para cumplir el gran ideal que el maestro intuía en aquel discípulo excepcional.

Concluidos sus estudios de bachillerato se trasladó con su hermano Elbano a la ciudad de Mérida para obtener el título de bachiller en Filosofía y Letras, una vez superados los exámenes prácticos de física y química que requerían el uso de equipos de los que no disponía el colegio de Zea.

Para graduarse de bachillerato la ley exigía la presentación de una tesis. El 21 de septiembre de 1916, Alberto Adriani entregó al jurado competente su tesis, que fue aprobada por la Comisión Nacional de Instrucción Secundaria en Caracas el 17 de octubre de ese mismo año, con la firma de Cristóbal L. Mendoza. La tesis se titulaba "Psicología Comparada. El Tipo Criminal Nato ante la Sana Filosofía". Ya en este su primer trabajo de investigación, revela el joven bachiller una gran capacidad de análisis y un hábil manejo de las copiosas fuentes que utilizó para realizarlo. Se observa la tendencia filosófica que le serviría de guía durante toda su vida. Combate el materialismo. Ataca a Lombroso y a sus seguidores y llega a conclusiones que dejan entrever al gran pensador que habría de revelarse con el correr del tiempo.

La influencia que ejerció Mérida en su vida la hace manifiesta en una carta dirigida desde Ginebra el 17 de diciembre de 1922 a su amigo Picón Salas quien vivía en Chile:

Ginebra, con su sociedad decididamente cerrada y conservadora, vivero de instituciones puritanas al pie del Monte Blanco, costeadas por el Azve impetuoso que corre al pie de sus colinas me recuerda en su espíritu y naturaleza a la lejana Mérida. Muchas veces he pensado en esa identidad de las dos ciudades que van a jugar un papel considerable en mi vida.

En diciembre de 1916 Adriani se traslada a Caracas. Se inscribe en la Escuela de Derecho que se creó a raíz del cierre de la Universidad Central, por iniciativa de un grupo de distinguidos abogados entre los que se encontraban el Dr. Esteban Gil Borges, para este momento Ministro de Relaciones Exteriores y el Dr. Pedro Itriago Chacín quien se desempeña como consultor

jurídico de ese despacho y que habría de ser su sucesor en el cargo poco años más tarde.

De acuerdo con las boletas expedidas por el Consejo Nacional de Instrucción sabemos que Adriani presento exámenes sobre Elemento de Derecho Especial Antiguo, de Historia y Filosofía del Derecho Constitucional, Derecho Romano y su Historia, Principios Generales de Derecho, Derecho Público Eclesiástico, Derecho Penal y Administrativo; estas boletas están firmadas por hombres que ocupan un lugar importante en la historia del Derecho en Venezuela como son Lorenzo Herrera Mendoza, Carlos F. Grisanti, Alejandro Urbaneja, Villegas Pulido y otros. Por estos datos concluimos que Adriani completó prácticamente el pensum obligatorio requerido en la carrera de Leyes. Cuando se inscribió en Ginebra en la Facultad de Ciencias Económicas y Sociología de esa Universidad ya poseía una excelente formación universitaria.

Mariano Picón Salas en las hermosas y emotivas páginas escritas en Praga al conocer la sorpresiva muerte de su amigo, recuerda aquellos años de estudiantes en Caracas y aquella pensión en el poco aristocrático barrio de Caño Amarillo.

Fue allí, precisamente, donde los dos amigos leyeron muchos de aquellos libros de la colección “Cultura Argentina” dirigida por José Ingenieros, publicaciones que por entonces llegaban a Caracas. Se interesaron, de manera especial, por esas dos grandes figuras del pensamiento argentino como son Sarmiento y Alberdi.

Estas lecturas avivaron en el ánimo de los inquietos jóvenes los ideales de redención de su país, ideales que se habían ido robusteciendo desde los días de Mérida. Mariano confiesa que sus preferencias

(...) estaban por Sarmiento, las de Adriani por aquel estilo un poco enjuto pero lleno de claridades, cargado de verdades americanas, de don Juan Bautista Alberdi.

- Tú debes ser el Alberdi de Venezuela- le dije un día. –Tú como Alberdi, en el año de gracia de 1852, debes escribir Las “Bases de nuestra nueva república”, contra la retórica, y el floripondio que nos han escondido tanto tiempo la realidad venezolana, hay que inventariar allí –como hizo Alberdi en Argentina hace tantos años- las posibilidades de nuestra existencia nacional, crear una técnica, imponer un orden –que no es el orden

sepulcral del gomecismo, el orden del “Plan de Machete”, sino el orden de la inteligencia creadora.

Las palabras de Mariano debieron quedar resonando en la mente de Alberto. El 27 de septiembre de 1918 comienza a llenar una gruesa libreta. Su primer trabajo lo titula: *Un programa de gobierno* en la que se revela la meta que se había trazado. Transportado en el tiempo escribe:

Una nueva faz de nuestro desarrollo; un nuevo camino empezamos a transitar desde hoy.

Desaparecerá la tiranía y con ella las obstrucciones que en toda su hora entorpecieron nuestro desarrollo nacional.

Libertad en todos los campos de la actividad: en el trabajo, en la prensa, en la política. Protección del gobierno a toda propicia iniciativa, protección para el gran trabajo: queremos levantar de sus ruinas la industria y el comercio: queremos dar un impulso gigantesco a la instrucción: favoreceremos la inmigración que ha de traer a nuestras playas gente robusta de cuerpo y espíritu, que levante nuestra raza que decae o se estaciona: levantaremos ferrocarriles, construiremos carreteras, impulsaremos nuestras comunicaciones marítimas para que por mar y tierra transite sin tropiezo la riqueza nacional. A donde no llegue la iniciativa individual allí estará el gobierno.

El Canciller Gil Borges descubrió muy pronto las cualidades sobresalientes de su discípulo y lo llevó a la cancillería, designándolo como su secretario. En el año 1921, con motivo del centenario de la Batalla de Carabobo se inaugura en Nueva York una estatua ecuestre de Bolívar. El Gobierno de Venezuela quiere darle gran lustre a esta ceremonia. Gobernaba al gran país del norte el Presidente Warren Harding. Venezuela envía una delegación integrada por hombres de gran prestigio y presidida por el canciller Gil Borges, como secretario de la misma es designado Alberto Adriani. Es el primer contacto del joven con un gran país donde la Constitución redactada por Jefferson, desde los días iniciales de la república, era el gran motor que regía sus destinos. Allá en lo más íntimo de su mente debió Adriani percibir el largo camino que debía recorrer su país para convertirse en una nación soberana y progresista.

A su regreso a Caracas, Adriani es nombrado Cónsul en Ginebra. Pensó el eminente Canciller que aquella ciudad era el sitio ideal para la formación de aquel joven en el que el país tendría seguramente un brillante estadista.

En Ginebra, la hermosa ciudad Suiza a orillas del lago Léman se cifraban por aquellos años de la postguerra grandes esperanzas para construir un mundo en que las naciones resolvieran mediante el diálogo sus diferencias sin tener que recurrir a las armas que tanto dolor, orfandad, destrucción y lágrimas habían generado en Europa durante la última contienda.

En el edificio de la Sociedad de las Naciones en el que se reunían los estadistas más sobresalientes del mundo, la humanidad tenía puesto en sus ojos y una gran esperanza en que por fin florecerían en este mundo, que había sido víctima de tantas hecatombes, los dones de la paz. Lamentablemente en el Pacto de Versalles, firmando por vencedores y vencidos, se ocultaba la semilla de nuevos conflictos. La visión del Presidente Wilson, uno de los grandes constructores del nuevo orden, se quedó corta. Las condiciones que dicho pacto imponía a los vencidos, habrían de producir tarde o temprano, sus efectos.

Imaginamos el deslumbramiento que debió producir en aquel joven de 23 años, quien había seguido paso a paso, desde su lejana Mérida, los avatares de la contienda, los esfuerzos que se hacían en Ginebra para construir la paz.

Apenas había tenido tiempo para orientarse en aquella ciudad en la que se entrecruzaban todos los caminos y en la que funcionarios de todos los países se esforzaban por construir aquella que San Agustín llamo la ciudad de Dios.

Lamentablemente, su protector y amigo Gil Borges es removido del Gabinete. Se dice que este cambio fue motivado por el silencio que el ilustre Canciller guardó del nombre de Gómez durante su discurso en la inauguración de la estatua de Bolívar en Nueva York. El Dr. Pedro Itriago Chacín pasa a reemplazarlo. En carta muy comedida que Adriani recibió el 18 de septiembre de 1921, el Canciller le expresaba:

Usted sabe como son las cosas en este país y me veo en la necesidad de reemplazarlo. Pero aprovecharé la primera ocasión para utilizar sus buenos servicios.

Adriani recibió estoicamente la noticia, porque bien sabía como se manejaban las cosas de la política en su país.

Pero prosiguió firme en sus tareas en la Facultad de Economía de la Universidad Ginebrina, donde se había inscrito en la facultad de Ciencias Económicas y continuó atento, desde aquel observatorio excepcional, al desarrollo de la política europea que resonaba vivamente en el edificio de la Sociedad de las Naciones. Allí tuvo Adriani la fortuna de escuchar las sabias disertaciones de las figuras más relevantes de la política mundial como Aristides Briand, el checoslovaco Benes, el griego Venizelos, el italiano Carlos Sforza y Titulescu, el brillante Ministro de Relaciones Exteriores de Rumania, entre otros.

El Canciller Itriago Chacín cumplió su palabra. Adriani es designado Secretario de la Delegación de Venezuela en la Sociedad de las Naciones. Esto ofreció la oportunidad de compartir responsabilidades con figuras sobresalientes de la diplomacia venezolana, como César Zumeta, Diógenes Escalante y Caracciolo Parra Pérez. Brillante en verdad aquella delegación que nos representó durante varias Asambleas en este foro internacional. Hay que reconocer que los hombres de la diplomacia del régimen gomecista escribieron una página brillante de nuestra historia diplomática.

Ginebra fue el lugar propicio para la lectura metódica de los grandes escritores de su época que trataban asuntos relacionados con sus inclinaciones. Poseemos numerosos cuadernos que son testimonio de muchos de los libros que leyó y meditó en Ginebra y de los que acostumbraba hacer un resumen en el idioma del libro que leía. Citemos algunas de estas obras que nos revelan su preferencia por los temas: *Immigration and Labour: The economic aspects of European migrations to the United States*, por Isaac A. Hourvich; *The Italian Emigration of our times*, por Robert F. Foerster; *De la colonisation cher les peuples modernes*, Pane Leroy-Beaulieu; *The annuals of the American Academy of Political and Social Science*, Annual 1911; *South America: Observations and Impressions*, por James Bryce; y muchas más.

En 1925 Adriani terminó sus estudios universitarios y obtuvo el título correspondiente en Economía y Sociología. Durante estos años, como ya apuntamos, se había desempeñado como Secretario de la Delegación de Venezuela ante la Sociedad de las Naciones.

Imaginamos la nostalgia que debió sentir Adriani al dejar Ginebra, la ciudad que según propia confesión había ejercido una gran influencia en su

vida. Una vez terminados sus estudios universitarios, decidió trasladarse a Londres para profundizar sus estudios de Economía en la patria de Smith y de Ricardo cuyas obras había estudiado con detenimiento. Por aquellos días ya era conocido el nombre de otro gran economista que continuaba la tradición inglesa en esa especialidad científica: John Maynard Keynes.

Su amigo Picón Salas le sugiere desde Chile que escriba un trabajo para la revista *Atenea*, órgano de la Universidad de Concepción. Dicho artículo fechado en Londres en agosto de 1925 fue publicado de inmediato en la mencionada revista. Versa “sobre la crisis actual y el estado orgánico”. Atribuía Adriani a la época que estaba viviendo Europa, en su experiencia política, una importancia tan grande “Como lo fue el renacimiento para la experiencia artística y la reforma para la experiencia religiosa”.

Aunque nuestros países no participaron en la contienda, pensaba que los acontecimientos europeos habrían de tener una gran repercusión en la vida política, económica y cultural de nuestra América. Y es esta reflexión la que lo estimula a ahondar en los sucesos que están ocurriendo en la Europa de la postguerra de la que está seguro habría de surgir “Una nueva concepción del Estado”.

Las enormes transformaciones que venía experimentando Europa y el mundo entero como consecuencia de la guerra, son analizados por Adriani en este trabajo con precisión y lucidez. La importancia que le merece ese momento de la humanidad lo lleva a compararlo con el esfuerzo que se hizo en la Edad Media por construir la ciudad de Dios ideada por San Agustín.

Ya para estos años de plena juventud tenía bien clara su concepción de un Estado moderno donde la política exterior es uno de los factores más importantes con miras a la unificación del mundo. Estaba convencido de que era necesario disminuir los poderes de las Asambleas Parlamentarias y “Aumentar la influencia de las comisiones técnicas, sustituir las pujas electorales por hechos que contribuyan al mejoramiento de la sociedad”. A esa libertad abstracta que tanto pregonan los politiqueros de oficio la califica “Panacea Universal de los Liberales”. Afirma que los “intereses de una sociedad son infinitamente más considerables que los intereses de los individuos, y cada libertad concreta debe ser reglada de acuerdo con el interés colectivo”.

Pensaba Adriani que una auténtica democracia debía tener como meta una mejor organización de la sociedad en la que se sustituye la concurrencia por la cooperación. Abogada por el bien común para encontrarse con Santo Tomás de Aquino en su célebre definición de la ley como “*ordinario racionis ad bonum comunen*”...

Obsesionado como estaba con la idea de la unión europea, no podía pasar desapercibida para Adriani la firma de los Tratados de Locarno donde los eminentes estadistas que asistieron a la pintoresca ciudad Suiza se esforzaron por reparar las fallas e inconvenientes del tratado de Versalles. Es evidente que en estos documentos había quedado sembrada la semilla de futuras confrontaciones. Adriani siguió con interés desde Londres las deliberaciones de Locarno y se entusiasmó con la idea de que como resultado de tantos tratados, Europa habría de poner término a las continuas guerras que a lo largo de los tiempos venían desangrando al continente. Locarno es para Adriani un signo auspicioso. Cree palpar en el ambiente el anuncio de un nuevo tiempo que habría de superar “*las fuerzas de las pequeñas patrias surgidas en siglos pasados, con tareas restrictas y que han desbordado y están borrando las fronteras nacionales*”.

Lamentablemente las cosas no sucedieron como las vislumbraron algunos de los espíritus más lúcidos de la época y a escasos veinte años de formularse estos ideales, la bestia apocalíptica se lanzó de nuevo sobre Europa con más furia que durante la pasada guerra. Adriani no alcanzó a ver estos lamentables sucesos pues murió en 1936. Tal vez conservó la esperanza expresada en su artículo “Los Estados Unidos de Europa”, escrito en Londres en diciembre de 1925.

Durante su permanencia en la capital inglesa, tuvo la fortuna de ser el primer venezolano en examinar en la casa campestre de Lord Bathurst el Archivo de Miranda, por indicaciones de su amigo Caracciolo Parra Pérez quien se encontraba en Roma como Ministro Plenipotenciario de Venezuela, para la adquisición de este importante acervo documental por nuestro gobierno. El archivo que actualmente se encuentra en la Academia Nacional de la Historia se debe a estos dos eminentes venezolanos.

A raíz de su destitución como Ministro de Relaciones Exteriores en 1921, Gil Borges se trasladó a Nueva York donde trabajó en el escritorio jurídico Breckinridge & Long. Luego pasó a Washington donde se desempeñó como Director Asistente de la Unión Panamericana.

El viejo maestro y amigo quien se ha mantenido en contacto por correspondencia con Adriani, considera que es la persona adecuada para dirigir la Sección Agrícola que piensa fundar la Unión Panamericana. Sabe muy bien el interés que su discípulo siempre ha manifestado por la agricultura como fuente de riqueza y bienestar de los pueblos.

Adriani acepta el cargo y regresa a Washington. Está convencido de la gran importancia que representa esta ciudad para completar su formación. En Washington estaría a su disposición toda la información que de todos los rincones del mundo llegaba a la ciudad sobre temas relacionados con la situación económica y financiera mundial.

En un cargo como este, Adriani debió sentirse a sus anchas. Tenía la oportunidad de trabajar por el mejoramiento de la agricultura, rama tan importante de la economía. Nuestros países poseían tierras fértiles y abundante agua, pero casi todos estaban en la etapa del conuco. Era necesario acabar con esta rutina y emprender una obra de investigación y experimentación para mejorar los cultivos y, en consecuencia, aumentar la producción.

Con el entusiasmo de siempre, Adriani emprendió una tarea que lo puso en contacto con expertos agrícolas de muchos países que le imprimieron a su cargo una proyección continental.

En el ejercicio de este cargo, le correspondió la tarea de organizar con otras importantes personalidades la Sexta Conferencia Panamericana que se celebró en La Habana en 1928.

En esta conferencia se aprobaron resoluciones muy importantes y un plan de Cooperación Interamericana para el estudio de los problemas relacionados con la Agricultura, Selvicultura, Industria Animal, Prevención y Destrucción de Plagas y Enfermedades que afectan a los animales y las plantas, así como sus productos en los países miembros de la Unión. Se decidió, igualmente, convocar una conferencia Interamericana de Agricultura Tropical, Selvicultura e Industria Animal, formada por expertos nombrados por los respectivos gobiernos con el objeto de formular las bases de un plan de cooperación continental efectiva para el desarrollo de dichas industrias y una estricta conexión entre las organizaciones oficiales y privadas en estos ramos de producción.

Fue precisamente en esta conferencia de La Habana en la que se creó la Oficina de Cooperación Agrícola que ya había sido prevista por el Director de la Unión dos años antes, y que, como sabemos estaba a cargo de Adriani.

A pesar de todo lo que está pasando en Venezuela se muestra optimista porque observa signos de vitalidad y cree que las generaciones formadas en los últimos treinta años acabarán de desalojar a los bárbaros. Cuando este día llegue, aunque parece que está tardando mucho, el país necesitará una reforma profunda, integral no sólo en la clase política sino en todos los estamentos de la sociedad.

Cree Adriani, y esto lo repite en muchos de sus escritos, que toda reforma debe comenzar con un programa de educación adecuado. Le preocupa la tarea de colonización de Guayana –el Far West venezolano- que funda los varios elementos raciales; y la introducción de inmigrantes europeos para fortalecer el grupo civilizado, y educar con gentes ejemplares “que es la mejor manera de educar”.

En su correspondencia con Mariano, durante los dos últimos años que paso por Washington la situación de Venezuela se convierte en una verdadera obsesión. En carta de noviembre de 1929, de nuevo le informa sobre lo que esta pasando en Venezuela:

Las cárceles están repletas de gente y todos los días encierran nuevos enemigos. Los estudiantes –hay algunos de 14 años- siguen trabajando las carreteras que componen el sistema vial de las haciendas de Gómez (...) El Oriente lo tienen incomunicado. Esta pandilla está saqueando el tesoro público en la forma más impúdica. Ya para completar a la situación política ha venido a agregarse una crisis económica con la baja de los precios del café y del cacao y de los innumerables monopolios que tienen maniatado al país.

Pero a pesar de todo, Adriani sigue manteniendo su optimismo. Venezuela es un país con inmensas riquezas materiales, con tradiciones, que no es muy difícil reanimar y robustecer y un elemento humano de indudable brillo y buen sentido.

A principio de 1930, Adriani se encuentra en Zea. Desde que salió de su pueblo nativo para obtener su grado de bachiller en Mérida, han pasado muchos años y rudos caminos. Regresa a su pueblo natal con un caudal de

experiencias y conocimientos que hacen de él, a la edad de 32 años, uno de los hombres más importantes con que cuenta la Venezuela de entonces.

Se encuentra en un rincón apartado del país, pero esto no le impide seguir, paso a paso, el desenvolvimiento de los sucesos que van tejiendo la historia. La estafeta de Correos de Zea adquiere, de repente, una actividad nunca antes conocida. A Zea llegaban de todas partes periódicos, revistas y libros enviados a Adriani por sus amigos de Europa y América y una abundante correspondencia que traía el sello de Chile, de Washington y de todos los rincones de Venezuela donde se encontraban sus interlocutores, entre ellos muchas de las personalidades más destacadas de ese momento en Venezuela. Aquella Oficina de Correos también despachaba la de Adriani; cartas y artículos para diversas publicaciones que le requerían su colaboración: el *Boletín de la Unión Panamericana*, *Revista Cultura Venezolana*, *Revista Mercantil de San Cristóbal* y de la *Cámara de Comercio de Caracas*.

Su amigo Egaña, quien está en Maracay al frente de Banco Agrícola y Pecuario le escribe con frecuencia, le hace consultas sobre diversos asuntos relacionados con el desempeño de su cargo, le solicita en préstamo algunos libros de la biblioteca de Adriani que desea consultar, lo estimula para que termine el libro sobre economía política y agraria que está preparando. Está seguro Egaña que será un trabajo “espléndido, como todo lo que nos ofrece su vigorosa y bien disciplinada mentalidad”. Se muestra entusiasmado con el ensayo de Adriani que ha leído en el *Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas* titulado “La Crisis, Los Cambios y Nosotros”.

El estudio de Adriani tuvo buena acogida en los medios financieros del país, aunque no faltaron los eternos descontentos que veían con malos ojos las atrevidas ideas del solitario de Zea.

“La crisis, Los Cambios y Nosotros” es un estudio, de carácter exclusivamente financiero que revela los sólidos conocimientos de Adriani en esta rama de la economía.

Al revelar los defectos y las fallas de nuestro sistema monetario y bancario, Adriani estaba tocando un punto muy sensible al gobierno y que pudo haberle traído graves consecuencias.

En el ensayo arriba mencionado, afirma Adriani que “el cambio” es el barómetro financiero por excelencia. Los economistas lo consideran como el mejor indicio de la situación económica de un país y, en particular, del estado de su balanza internacional de pagos. Cuando el cambio es desfavorable, puede tenerse por seguro que la balanza internacional de pagos es pasiva. Y concluye en forma categórica que esta es la causa del bajo curso del cambio del país.

Uno de sus corresponsales más asiduos es el Dr. Román Cárdenas, quien había sido Ministro de Hacienda desde el 3 de enero de 1913 hasta el año 1922 y a cuyos conocimientos estadísticos y a su tesonera labor, se debe la reforma de la Hacienda Pública que ha sido elogiada hasta por los más duros enemigos del régimen. Adriani y Cárdenas se conocieron en Europa. Este último, mucho mayor que Adriani pues le llevaba treinta y seis años; desde el primer encuentro le tomo un altísimo aprecio y añadiríamos afecto, al observar las dotes excepcionales de su joven amigo. Desde el año 1926 se inicia una comunicación epistolar que duró hasta la muerte de Adriani. Las cartas de Cárdenas están fechadas en París, Londres, Washington y Caracas. Le comenta algunos de los hechos mas sobresalientes de la economía del país, y con especial interés, se refiere a los trabajos que Adriani publicaba en diarios y revistas, desde su retiro campesino.

De esta época datan dos ensayos titulados “Un Sistema Racional de Comunicaciones” y “La Carretera y Ferrocarril de Venezuela”, publicado este último en el *Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas*. Para la realización de estos trabajos, Adriani contaba, además de sus conocimientos de los sistemas europeos con una abundante biografía de autores alemanes, franceses, ingleses y norteamericanos. Libros como *Principes de Geographie Humaine*, de Vidal de la Blanche, *Geographic Humaine*, de Jean Brunhes, *La Geographie de l' Histoire*, de Lucien Lefebvre, *La terre et la evolution humaine*, de Isaiah Bowman, *The New Worlds*, de Ellziworth y Huntington etc., etc.

Hace hincapié en la estrecha relación existente entre el progreso de las comunicaciones de un país y el desarrollo del mismo en todos los órdenes de la vida nacional. La elaboración de un plan racional de comunicaciones no debe trazarse al acaso. Es necesario tener una amplia y detenida visión de los intereses nacionales. Como siempre, estos estudios tienen como mira a Venezuela. Escribe que, en razón de que nuestro país tiene una vocación continental por su posición geográfica y cuenta con el Orinoco que

constituye el brazo norteño de este vasto sistema de comunicaciones formado por el mismo Orinoco, el Amazonas y el Plata. Pero no se contenta con los argumentos de índole geográfica. Acude como lo hace a menudo a la historia. Esta visión histórica hace de Adriani un economista que tiene siempre presente en su mente para la solución de los problemas económicos y financieros, las lecciones con las que el pasado va enriqueciendo el presente y abriendo luces hacia el porvenir. La tradición histórica de Venezuela que se inició en los días de la independencia y culminó en Ayacucho constituye para Adriani una idea cardinal de su pensamiento.

Se detiene en el análisis de las ventajas y desventajas que presentan los sistemas de comunicación existentes. Le da gran importancia a las comunicaciones fluviales que, de acuerdo con la experiencia europea, la vía de agua resultó más económica que el ferrocarril. Se entusiasma con la idea de que siendo nuestro país propietario de “*esa incomparable red fluvial que forman el Orinoco, el Amazonas y el Plata y sus afluentes*”, potencialmente forma parte del primero de los sistemas fluviales de la tierra.

Cuando ese sistema esté acondicionado y en plena actividad, Venezuela gozará de una situación extraordinariamente ventajosa.

Como jefe de la División de Cooperación Agrícola de la Unión Panamericana, Adriani trazó las grandes líneas de la que podría ser la política agrícola de nuestros países latinoamericanos. Las ideas de este proyecto las fue desarrollando en el Boletín de la Unión Panamericana a través de varios trabajos que publicó durante los años que permaneció en Washington al frente de esta División.

Ya en su primer trabajo publicado en 1928 aparece perfectamente clara la idea de que la industria agrícola debe ser la mayor industria común de los pueblos americanos.

Hacía énfasis en las características que determinaban la economía de las dos áreas que integran el Continente Americano. En el Norte domina la actividad industrial, comercial y bancaria. Veía a los Estados Unidos como los grandes exportadores de manufacturas y de capitales e importadores de géneros alimenticios y de materias primas y en los países del Sur la gran zona agrícola y minera del continente.

Adriani que conocía a fondo la situación de nuestra agricultura, no dejó de insistir en la necesidad de acabar con la tradición rutinaria de nuestros agricultores y de aplicar métodos científicos en el tratamiento de nuestra actividad agrícola. Las palabras investigación y experimentación aparecen, con gran insistencia en sus escritos sobre esta materia.

Aún se encontraba en Washington, cuando el 24 de octubre de 1922, “el jueves negro”, una espectacular baja de los valores de la bolsa de Nueva York marcó el inicio de la gran depresión que arrastró consigo un caudal de calamidades que se hicieron sentir no sólo en los Estados Unidos sino en la mayor parte de los países, especialmente en América Latina.

Años más tarde en un trabajo publicado en la *Revista mercantil de San Cristóbal*, Adriani hace un amplio y profundo análisis de los efectos de esta crisis en el mundo y especialmente en Venezuela donde los precios del café, del cacao, azúcar, cueros y ganado, sufrieron una baja espectacular.

Especial interés le merece el estudio de los mercados cafeteros en los países productores más importantes y la repercusión que ésta dinámica venía presentando en el mundo. De manera especial observa como el café venezolano en el mercado internacional, arrastrado por las políticas aplicadas por Brasil, ha sufrido un gran descalabro.

La superproducción ha traído consigo la reducción de la demanda y, como consecuencia inmediata, la caída de los precios que Adriani califica de “ruinosa”. Se muestra preocupado por la contracción de la economía venezolana, dependiente del café y otros rubros agrícolas.

A pesar de todo, Adriani que siguió con detenimiento y rigor científico, el paso de esta crisis hasta sus últimos coletazos en 1935, se mantuvo firme en la idea de que la agricultura sería el factor permanente y perdurable de nuestra riqueza. Para aquellos años, el sector agrícola –pese a la ruinosa situación por la que estaba atravesando- ocupaba, directa o indirectamente según sus cálculos, el 80% de la población.

Siendo el café nuestro principal artículo de exportación, Adriani le dedicó en Zea, como ya lo apuntamos, varios estudios: “El café y nosotros”, “Sobre el porvenir de la industria cafetera”, “La ciencia, el porvenir de la industria cafetera”, “Legislación experimental cafetera en Nicaragua”, “La cosecha y el consumo mundial”, “Crónica cafetera”, “El nuevo empréstito

brasileño y la situación cafetera”, “Soluciones internacionales de la crisis cafetera”, “La organización de la industria cafetera colombiana”, “Venezuela y su industria cafetera”. Estos trabajos nos revelan el profundo conocimiento que Adriani poseía sobre una materia que era de su particular afecto. Este estudio, en gran parte realizado durante su retiro en Zea, nos da la medida de su inquietud y de su constante apremio por mantenerse actualizado sobre las vicisitudes que atravesaba este importante producto en las zonas productoras del planeta. Muchas de sus afirmaciones tienen firme apoyatura en renombradas publicaciones extranjeras. Cita el *Bulletin Mensuel de Statiste de la Sociedad de las Naciones* de Nueva York; *Journal of Commerce* y otros.

El café que tuvo una importancia preponderante en Venezuela durante casi un siglo, en 1925 “pierde el puesto preponderante que había tenido nuestra economía desde 1830, a favor del petróleo, y hacia la misma época comienza a manifestarse una tendencia al descenso de la producción” según las estadísticas que aporta, la cifra más alta de nuestra producción cafetera se registró en los años 1929, 1930, 1932 y 1933 con un promedio anual de 939.000 sacos.

Como ya lo apuntamos en alguna otra parte de nuestro trabajo, las investigaciones y estudios realizados por Adriani en los diversos aspectos de la economía y las finanzas tenían siempre como meta la aplicación de estos conocimientos a la realidad venezolana. Esta idea que se aposentó en su mente desde la adolescencia no sufrió desmayo en ninguna etapa de su vida, por el contrario, se fue robusteciendo a medida que pasaban los años y veía más cerca el momento de poner en marcha una Venezuela mejor, la Venezuela que él siempre soñó.

Frente al brillante porvenir que ofrecía al país la riqueza petrolera que, como por arte de magia, irrumpió como una señal que habría de sacar a Venezuela de su estancamiento y colocarla entre los privilegiados del Continente, Adriani no se dejó llevar por este espejismo, y siguió aferrado a la idea de que nuestro futuro radicaba en la agricultura. Para esto era necesario acabar con la ignorancia y el empirismo de nuestros agricultores. La creación de centros experimentales y de investigación era el paso fundamental que debía dar el país para competir con otros países del hemisferio que ya habían emprendido este camino. En lo que respecta al café cita a Brasil, Colombia, Guatemala y Costa Rica.

En artículo ya mencionado “La Crisis, Los Cambios y Nosotros”, escrito en Zea en mayo de 1931, se refiere a la crisis monetaria que siguió a la primera guerra mundial (1914-1918) especialmente en países como Alemania y Austria. Este hecho lo impresionó fuertemente y le hizo palpar los efectos de la depreciación de estas monedas así como sus nefastas consecuencias en la vida económica, social y política de las naciones.

Para una situación de esta índole, recomienda equilibrar el presupuesto, aplicar medidas de austeridad administrativa y emplear los empréstitos que puedan obtenerse no en gastos de funcionamiento de la maquinaria estatal sino en tareas reproductivas que generen empleo y aumenten los ingresos con miras a reducir el déficit fiscal.

Sea este momento oportuno para recordar que Adriani fue el primer venezolano que habló de la necesidad de crear un Banco Central en nuestro país, como un organismo indispensable para una sana y eficaz circulación monetaria y de un buen sistema de crédito. La propuesta de Adriani tardó casi un decenio en hacerse realidad.

No podemos dejar de hacer mención de la polémica que suscitó en el ánimo de algunos eminentes venezolanos el planteamiento hecho por Adriani en el trabajo del cual nos ocupamos sobre la devaluación de nuestro signo monetario como medida importante para remediar la crisis. Entre los que impugnaron la tesis de Adriani se encontraban dos de sus mejores amigos: Vicente Lecuna y Julio Planchart. El primero se desempeñaba como Presidente del Banco de Venezuela y el segundo como Secretario de la Cámara de Comercio de Caracas.

Lecuna en una serie de cartas enviadas a Adriani entre el 2 de junio de 1934 y el 31 de enero de 1935, le exponía, de la manera más comedida y respetuosa, las razones que le movían a discrepar de lo expuesto por Adriani en esta materia. Le expresaba que la opinión general, después de discutir ampliamente el asunto en círculos privados, se mostraba contraria a la devaluación.

Adriani insiste en reforzar sus argumentos a favor de su tesis. Hace hincapié en el hecho de que un bolívar revaluado como lo estaba en ese momento nuestro signo monetario, agravaría la situación del sector agroexportador. Los intereses de los agricultores que constituyen la mayoría, se confunden con los de la nación y, en consecuencia, abogaba por la

devaluación que favorecía a esta mayoría. Pero en mayo de 1935, después de oír y analizar las opiniones de autorizados voceros de la economía, se convenció de que la devaluación no era factible y terminó apoyando, presionado por la crítica situación que exigía medidas de emergencia, la práctica de primas de exportación.

El 17 de diciembre de 1935 moría en su residencia de Maracay, el hombre que con mano fuerte había gobernado por espacio de 27 años. El país respiró después de tan larga dictadura, pero también sintió pánico de lo que pudiera suceder después de su muerte. Algunos de sus más duros y ambiciosos lugartenientes estaban a la espera de ese momento para caerle a la codiciada presa que era Venezuela. Afortunadamente el país contaba con el hombre dotado de los atributos necesarios que necesitaba para una transición pacífica. El General Eleazar López Contreras, Ministro de Guerra y Marina es designado por el consejo de Ministros, Encargado de la Presidencia hasta el término del período Constitucional que se vencía el próximo mes de abril.

Llego para Adriani el momento esperado por más de 20 años. Tenía 10 años cuando Gómez le jugó una mala partida a su compadre Castro al arrebatarle el poder en su ausencia y dejarle en el destierro que duró hasta su muerte ocurrida en Puerto Rico en 1926.

Ya desde sus años de Mérida, años de adolescencia, Adriani vio claro que para construir la Venezuela que soñaron él y sus amigos de las tertulias merideñas, debían comenzar por hacerse ellos mismos. Desde ese momento no se dio tregua en la tarea de prepararse para el papel que estaba seguro le tocaría desempeñar a los hombres de su generación. A la muerte del Dictador, Adriani era uno de los venezolanos mejor preparados para las funciones del gobierno. Así lo entendió el Presidente López Contreras quien lo llama a Caracas y lo pone al frente de la Comisión que elaboró el Programa de Febrero. Poco después el Presidente decide crear el Ministerio de Agricultura y Cría separándolo de la Sanidad y Asistencia Social. El 1° de marzo es nombrado Adriani para el cargo convirtiéndose en su primer titular. Su experiencia en Washington en el Departamento para los Asuntos Agrícolas de la Unión Panamericana y sus ideas bien arraigadas sobre la importancia que la agricultura y la cría representaban para nuestro país hacían de él la persona indicada para ejercer tal cometido.

Tres semanas después, el nuevo Ministro se dirige a la Nación por la Radio Nacional –es el primer Ministro que lo hace- para anunciar la reforma del Decreto de 27 de enero último sobre primas de exportación. Anuncia el suministro de una importante suma para el Banco Agrícola y Pecuario destinado a los agricultores para la recolección de sus cosechas y la firma de una Convención del Gobierno Nacional con el Banco de Venezuela para la pignoración de las mismas. Termina su alocución con la exposición de los proyectos que se propone llevar a cabo al frente del Despacho. Señala en primer lugar:

La formulación de un plan nacional para la conservación y desarrollo de nuestros recursos naturales. Para esto se requiere un conocimiento de los suelos y un inventario de nuestra riqueza agrícola.

Persuadido como estaba de la importancia de los medios de comunicación, creó un revista destinada especialmente a los agricultores. *El Agricultor Venezolano*; empezó a circular en mayo de 1936. El propio Adriani escribió la nota editorial para la primera entrega. Es una síntesis de las ideas que habrían de guiarlo en el desempeño de su alta responsabilidad.

El 19 de abril, a escasos dos meses de su nombramiento, presenta al Congreso Nacional la primera memoria del Despacho. Al finalizar, resume en tres palabras las metas de su acción de gobierno:

(...) Técnica, Crédito y Población son la base del desarrollo de nuestra riqueza agrícola que es, y será durante mucho tiempo, riqueza agrícola principalmente.

El 29 de abril el General Eleazar López Contreras se encarga de la Presidencia Constitucional de la República. Designa nuevo gabinete. Adriani es nombrado Ministro de Hacienda.

Arturo Uslar Pietri, su amigo y colaborador en ese Despacho escribió:

El destino acababa de poner en sus manos la palanca con la que podría alterar el ritmo fatal de nuestra historia. La Hacienda Pública, cuya estructura arcaica contraría y comprime la economía venezolana, iba a recibir la formidable renovación que haría de ella el instrumento de una vasta y decisiva transformación nacional.

En el corto tiempo que permaneció en Agricultura apenas alcanzó, a pesar de las agotadoras jornadas de trabajo, a poner en marcha algunos de los proyectos que lo animaban cuando tomó posesión de su cargo. Una tarea aun más difícil le esperaba al frente de sus nuevas responsabilidades.

Crea la *Revista de Hacienda*, con el mismo propósito que lo había hecho con el *Agricultor Venezolano*. Como primera tarea le corresponde al nuevo Ministro preparar el proyecto de presupuesto de Rentas y Gastos Públicos para el año económico comprendido entre el 1 de julio de 1936 y 30 de junio de 1937. Al presentar dicho proyecto al Congreso Nacional, en la exposición de motivos es categórico al proponer que hay que dejar atrás la política la *laisser faire*. Es necesario disciplinar la vida económica de la nación y la intervención del Estado “en las actividades de orden económico que hasta ayer estuvieron confiadas al libre juego de los intereses particulares”.

En su corto período al frente del Despacho, presentó también un proyecto de Arancel Aduanero, un proyecto de Ley Orgánica de la Renta Nacional de Cigarrillos y un proyecto de impuestos sobre las Herencias y Legados.

Pero el destino inescrutable y absurdo tronchó en hora menguada, aquella vida en la que se habían cifrado grandes esperanzas. A la edad de 38 años moría en su lecho del hotel donde se hospedaba aquel venezolano de excepción a pocos meses de haber comenzado a realizar el sueño con el que soñó desde su adolescencia.

El Universal le dedicó su nota editorial del día y por la pluma esclarecida del periodista Pedro Sotillo exaltó la figura de Adriani.

Califica su muerte como una pérdida irrecuperable y evoca el ejemplo imperecedero que deja como herencia a los venezolanos. Adriani es un paradigma de la juventud de Venezuela, que debe perdurar en la conciencia de todos los venezolanos.

El ejemplo de este joven, en plenitud de vigor y de capacidad, caído en el servicio augusto de la patria, en la labor silenciosa y terrible, en la faena implacable que el país reclama de sus hijos mejores, para lograr el bienestar de todo, la seguridad de todo y el alto nivel de vida a que tiene derecho la República.

Al saber la infausta noticia, su amigo Picón Salas quien se encontraba en Praga como Encargado de Negocios de Venezuela escribió una de las páginas más estremecidas y hermosas que se han escrito sobre Adriani. Nadie lo conoció tan bien ni nadie vio con tanta claridad todo lo que significaba la personalidad de Alberto Adriani para la patria que estaba renaciendo.